

Jornada de apertura de curso | 26 de septiembre de 2020

# Solo ves lo que admiras



COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



# Solo ves lo que admiras

*Jornada de apertura de curso de adultos  
y estudiantes universitarios  
de Comunión y Liberación  
En conexión por vídeo, 26 de septiembre de 2020*

COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

© 2020 Fraternità di Comunione e Liberazione  
para el texto de Julián Carrón  
© 2020 Fondazione Meeting per l'amicizia fra i popoli  
para el texto de la entrevista de Fernando de Haro a Mikel Azurmendi

Portada: William Congdon, *Virgo Potens*, 1985  
Óleo sobre madera, cm 90x75  
© The William G. Congdon Foundation, Milán – Italia  
[www.congdonfoundation.com](http://www.congdonfoundation.com)

*Jornada de apertura de curso  
En conexión por vídeo, 26 de septiembre de 2020*

## **Introducción di Julián Carrón**

Dios no puede hacer nada sin una apertura, sin una disponibilidad por nuestra parte. Por ello, empecemos este gesto pidiéndosela al Espíritu, para que dé cumplimiento a la disponibilidad que nos ha traído hoy hasta aquí para participar en este gesto común, aunque estemos lejos físicamente.

### *Desciende, Santo Espíritu*

Nos hallamos inmersos en una situación cuya duración no podemos prever aún. ¡Cuántas veces, en los últimos meses, nos hemos visto obligados a revisar nuestras previsiones, a tomar nota de los datos que nos mostraban nuestro error de perspectiva! Por ello, es razonable que tengamos una cierta preocupación por la «incertidumbre» de la que hablaba Mario Draghi en el Meeting.

Las crónicas están llenas de nuevas incógnitas –aquí en Italia, desde donde hablamos, y por todas partes–. Pensemos en la cuestión de los colegios y de la universidad, en la situación económica y en las repercusiones que tendrá sobre el empleo y el futuro de las empresas. En cuanto al Covid, el hecho de que –como subrayan los virólogos– puedan producirse reinfecciones –como

sucede también con otras enfermedades infecciosas–, «arroja una sombra sobre la eficacia de las vacunas». Es decir, ni siquiera nos podemos fiar de que una vacuna acabe con la infección. No estamos a salvo, seguimos estando expuestos al riesgo de contagio.

A este panorama se unen otros fenómenos, quizá más preocupantes todavía. Está la violencia gratuita que domina las noticias, una violencia terrible que nos hace reflexionar. Y cada vez se extiende más la incapacidad para reconocer lo que sucede –aunque se trate de una realidad evidente como el Covid–, lo que lleva al negacionismo más irracional en las llamadas sociedades evolucionadas.

Todo ello es el síntoma de una *causa oscura* que nos devora desde dentro y que, justamente por eso, nos vuelve cada vez más inermes, incapaces de reaccionar, de responder eficazmente; ella puede seguir su trabajo de destrucción en lo más hondo de nuestro ser, como un virus, debilitando todavía más un yo de por sí bastante frágil. Algunos empiezan a tener el valor de llamar a esta «causa oscura» por su nombre: *nihilismo*, una «especie de intimidad con la nada» –escribía recientemente el subdirector del *Corriere della Sera*, Antonio Polito–; es un nihilismo que «ha perdido la fuerza intelectual para arremeter contra los valores, es menos ambicioso, presenta con frecuencia el rostro de una “vida normal”. [...] Es un vacío de usar y tirar»<sup>1</sup>.

El *miedo* profundo que nos asalta cada vez con más fuerza es su principal síntoma. La confirmación más evidente de este nihilismo que se extiende cada vez

<sup>1</sup> A. Polito, «La violenza nichilista tra i giovani», *Corriere della Sera*, 17 de septiembre de 2020.

más es, paradójicamente, la existencia de negacionistas –los «negacionistas de la nada»–, incapaces, como los negacionistas del Covid, de estar frente a la realidad por el terror de mirarlo a la cara. Nosotros podemos atrevernos a mirarlo por la gracia que nos ha alcanzado.

Ante esta situación, tenemos que decidir entre el intento de atacar los síntomas, como quienes tratan de resolver el problema proponiendo gestionar el miedo, y el compromiso para llegar hasta el origen de los mismos, para desenmascarar su procedencia y hacer frente a su poder.

Con su desfachatez habitual, los jóvenes nos provocan siempre y nos impiden conformarnos con respuestas inadecuadas. «En todos ellos se da –escribe un profesor– ese hambre desconcertante de sentido que este verano me lanzó a la cara una chica que se encuentra ahora mismo en una comunidad de desintoxicación: “Profesor, es necesario que alguien nos comunique a los jóvenes el sentido de la vida, el gusto por lo cotidiano”. Y añade: “Hace falta que alguien nos muestre que se puede no tener miedo a las preguntas sobre el sentido, sobre la felicidad”».

Peticiones de este tipo nos permiten comprender el drama que está en juego: una lucha entre el ser y la nada, entre el gusto por lo cotidiano y el vacío que nos aferra desde dentro. Si no lo afrontamos con decisión, nosotros seremos las próximas víctimas, si es que no lo somos ya, de este nihilismo creciente.

Para describir en términos sintéticos la naturaleza de esta lucha entre el ser y la nada, hemos usado con frecuencia una expresión de Nietzsche que representa una consecuencia extrema de *su* nihilismo: «No hay

hechos, solo interpretaciones»<sup>2</sup>. La repercusión en nosotros de esta posición es que nos vemos sacudidos por mil interpretaciones, sin saber distinguir cuál de ellas acoge lealmente los hechos y se somete a la autoridad de la experiencia. Ningún hecho nos «cautiva» hasta el punto de hacernos salir de la equivalencia de las interpretaciones. Todo nos parece igual.

¿Hay algo capaz de desafiar este axioma: «No hay hechos, solo interpretaciones»? ¿Existen hechos capaces de desafiar la avalancha indistinta de interpretaciones, todas de igual valor, que nos inunda en esta sociedad de la «información»? ¿Dónde puede encontrar esa joven, o cada uno de nosotros, algún indicio que permita reconocer la victoria del ser sobre la nada?

Como he repetido durante estos meses en distintas ocasiones, el caso más emblemático es el del ciego de nacimiento curado por Jesús –me viene siempre a la cabeza–.

Lo que sucede con el ciego de nacimiento que adquiere la vista es un evento. «Antes no veía y ahora veo»<sup>3</sup>, como repite continuamente. En cuanto sucede el hecho, se desencadenan todas las interpretaciones posibles e imaginables de la familia, los vecinos, los fariseos. ¡Llama la atención que, después del milagro, Jesús no tuviera miedo de dejarlo solo en medio de ese barullo de interpretaciones! Pero el ciego no se confundió en ningún momento, no tuvo la más mínima duda acerca del hecho que le había pasado, no se vio afectado ni un milímetro por las interpretaciones que no respetaban lo sucedido.

<sup>2</sup> Cf. F. Nietzsche, *Fragments póstumos IV 7* [60], Tecnos, Madrid 2008.

<sup>3</sup> Cf. Jn 9,25.



Pero atención, el ciego de nacimiento no se posiciona enseguida a favor de Jesús. Ante todo, se adhiere a la realidad, se alinea con el hecho, es leal con lo sucedido: «Antes no veía y ahora veo». Es la evidencia de la verdad que encuentra espacio en él, que resplandece en él –«antes no veía y ahora veo»–, lo que le hace alinearse con Jesús. Pero la del ciego de nacimiento no es una decisión ideológica, no es tomar partido, porque lo que le lleva a reconocer a Jesús es reconocer la evidencia de que ve. El ciego que ha sido curado no es un exaltado intransigente que quiere imponer su interpretación, es el único que no pisotea el hecho (ahora ve y esto ha sucedido por ese hombre llamado Jesús), un hecho que los demás quieren negar para imponer su ideología sobre la evidencia de la realidad. La ideología es esa interpretación que elimina los hechos en virtud de prejuicios, de algo que defender.

En *Un brillo en los ojos*<sup>4</sup> he tratado de ofrecer una hipótesis de respuesta al nihilismo que desborda hoy por todas partes.

Todos hemos sido llamados a verificar esa hipótesis. Durante el verano, en los gestos en los que hemos participado de un modo u otro, en la intervención de una persona u otra, en su forma de estar en la realidad, hemos podido ver si vencía el ser o la nada, el gusto por lo cotidiano o el vacío. Cada uno de nosotros ha podido verificar qué ha generado en él todo lo que veía y escuchaba, qué le ha hecho sobresaltarse, qué le ha despertado sacándolo de la nada y, por el contrario, qué cosas no han dejado huella en él, dejándolo vacío como

<sup>4</sup> J. Carrón, *Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?*, Asociación cultural Huellas, Madrid 2020.

antes. Podemos discutir sobre esto o aquello, pero la diferencia entre una cosa y la otra es evidente; cuando estamos delante de algo que es capaz de cambiar la vida (como cambió la del ciego de nacimiento), no hay comparación posible.

Este verano se nos ha ofrecido un testimonio excepcional por la autoconciencia que expresa y por la conciencia de unos pasos que, con frecuencia, pueden pasar inadvertidos. Se trata del testimonio de Mikel Azurmendi, entrevistado por Fernando de Haro para el Meeting de Rímini. Desde que lo escuché, me entraron ganas de verlo con todos vosotros, de recomendarlo a todos, de compartirlo con todos. ¿Qué mejor ocasión que la Jornada de apertura de curso?

Lo que impresiona sobre todo de esta entrevista, que algunos de vosotros ya habréis visto, es la naturalidad con la que Azurmendi narra el recorrido que ha hecho desde que se topó con un hecho sencillo, una contingencia totalmente particular: un programa de radio de un periodista desconocido, que escuchó de madrugada cuando estaba ingresado en un hospital. Impresiona la lealtad con la que un hombre que ha superado los setenta años, un gran sociólogo, acogió ese primer impacto que puso en movimiento el proceso que en breve escucharemos descrito por él mismo. Creo que constituye una prueba de cómo, en estos tiempos en los que se extiende el nihilismo, una persona puede darse cuenta –cuando sucede– de una experiencia diferente, de lo que no es nihilismo, y puede asombrarse por derrotar el nihilismo secundando simplemente la primera evidencia, por tenue que sea, de esa diferencia. Y ha sido suficiente una grieta para hacer caer el dique.

Ha sido un imprevisto. Azurmendi lo describe así: «No esperaba encontrarme nada de esto en la vida. Fue una sorpresa tremenda. Se sale de lo acostumbrado. Te quedas sorprendido y dices: merece la pena escuchar esto. Y poco a poco entro en un estado emotivo de admiración. [...] La admiración es ese movimiento en el que tú te confabulas con aquello que más estimas, porque no te lo esperabas».

La admiración es lo que ha marcado el método del camino que ha hecho Azurmendi, que puede sintetizarse con el título de esta Jornada de apertura: «Solo ves lo que admiras». Secundar esta admiración por un periodista desconocido que hablaba en la radio y posteriormente por muchas otras personas a las que conoció después de él, le ha llevado a cuestionar el dogma de la sociología según el cual no se debe establecer una comunión con el objeto que se estudia porque se viola la ley de la neutralidad del observador –que habría que respetar para conocer–. Azurmendi ha tenido que librarse progresivamente de todos esos filtros, de todas esas anteojeras que su oficio de profesor le había hecho acumular. «Dije: “Esto lo tenía a mano, ¿por qué no lo miraba? Esto hay que explicarlo”». Solo ves lo que admiras. Ves –te das cuenta de verdad, miras, comprendes– solo lo que te golpea («*affici aliqua re*»), lo que te atrae, te cautiva. El ojo solo se abre cuando sucede un encuentro determinado.

Para explicar lo que ha visto ha escrito *El abrazo*<sup>5</sup>, que será el próximo libro del mes. «Mi problema al escribir este libro era que yo tenía que mostrar que lo

<sup>5</sup> M. Azurmendi, *El abrazo. Hacia una cultura del encuentro*, Almuzara, Córdoba 2018.

que se veía me causaba sorpresa y hasta mucha emoción. Pero además quería mostrar por qué yo no lo he visto». El vídeo que veremos dentro de poco y el libro *El abrazo* nos muestran un testimonio fiable que nos ayuda a comprender por qué nosotros no vemos –igual que él no veía antes de un encuentro determinado– y acabamos en la nada, igual que él había acabado en la nada de la ideología.

A su edad y con su historia se ha mostrado *disponible* para mirar (desde los colegios a la caritativa, desde las familias a los grupos de Fraternidad), para tratar de comprender «los nexos causales y temporales de mi asombro» –dice– y extraer sus consecuencias. Así se ha dado cuenta de todo lo que tenía ante sus ojos y no veía.

«Esta vida tan bella, que a mí me hubiera gustado vivir, el estilo de vida de estas gentes, su entrega, su alegría, este estilo de vida ¿cómo es posible?», se pregunta Azurmendi. Y añade: «Puedes tener un destello. Hay gentes espectaculares, preciosas, que tienen destellos, pero luego tienen saltos hacia atrás». Entonces concluye: «Solo hay una explicación: que sea verdad lo que te digan, que realmente sea operativa. [...] La verdad produce vida. Ese estilo de vida está producido por algo. Ellos dicen que es Jesucristo. [...] Esta es la gente que lo está siguiendo, y entonces trazas la línea y dices: “Yo tengo que creer esto, este es el Jesús vivo en el que yo creo”. En Dios no hubiera creído. [...] Hay un momento en que tienes que decir: “¿Cómo se van a equivocar todos al mismo tiempo?”. Y también los enemigos sabían... Además no lo conocían. Juan y Andrés iban para allá y no lo conocían».

Entonces, veámoslo y escuchémoslo juntos.

# EL ABRAZO

Transcripción de la [entrevista televisiva](#) a **Mikel Azurmendi**, realizada por Fernando de Haro para el Meeting 2020 Special Edition, con motivo de la publicación en italiano del libro *El abrazo* en BUR Rizzoli.



**Fernando de Haro.** ¡Azurmendi, Mikel!

**Mikel Azurmendi.** ¡Hombre, Fernando!

– *¡Después de tanto tiempo, por fin!*

– *¿Qué es de tu vida? Ni abrazo ni nada.*

– *El abrazo está aquí. El abrazo no puede ser.*

– *¿Cómo estás?*

– *Bien, encantado de venir, esto lo tienes cuidadísimo.*

– El trabajo, es muy importante el trabajo.

– *Esta es una huerta.*

– Una pequeña que tengo junto a casa. Y ahí tengo los tomates, si los queréis ver, luego a la tarde, fuera de la carretera.

– *¿Hablamos de El Abrazo?*

– Venga.

– *Hablamos de las primeras páginas... las primeras páginas de este libro casi se pueden escuchar, más que leer.*

– Sí, son de escuchar...

[Fernando de Haro hace sonar en su teléfono la grabación de un fragmento de su programa de radio:]

– *Para terminar hoy me quedo con una foto que aparece en las páginas interiores de La Vanguardia.*

– El periodista Fernando de Haro, en la Cope, a las 6:30 de la mañana, un poco antes de terminar, a las 8:20h.

[continúa la grabación] «...y delante de esa pared una mujer negra vestida con una parka negra. La mujer, que se llama Rita, se tapa el rostro con las manos...»

– ¿Dónde estabas tú cuando escuchaste esto?

– En la cocina. Por las mañanas me levanto a las 6 o 6:30h y los sábados y domingos me levanto y oigo a este periodista, que luego veo que es Fernando de Haro, y no sé quién es.

– No nos conocíamos entonces.

– No nos conocíamos, yo te había escuchado en la clínica. Porque yo vine del hospital...

– ¿Por qué estabas en el hospital?

– Es una historia larga, de 2014, hace seis años. Yo tengo artritis en las manos, por eso trabajo, para que no se paren... Me recomiendan unas inyecciones, seis inyecciones, y la cuarta me dejó tumbado. Estas inyecciones no se deben poner nunca sin hacer una revisión de pulmón a cada inyección, y yo me tomé cuatro. No podía andar, no podía venir aquí... Era el 7 de julio cuando decidí irme a morir al hospital. Le dije a mi hijo (ahora no está mi hijo, pero entonces estaba aquí): «Llévame al hospital, me voy a morir», y le hice el croquis: «No debo a nadie, la casa está pagada...». Cuatro días de esa semana le dijeron que no pasaría de esa noche. Y las pasé. Yo me quería morir e hice bastante por morirme. En el hospital yo tenía este móvil, te lo enseño... y te pillé a ti una mañana de sábado. Dormía muy poco. Ahora duermo un poco más. Escuché y dije: me interesa esto. Todos los sábados y domingos, desde 2014 hasta 2017, te he escuchado, todos los sábados y domingos. Conozco tu opinión, conozco lo que piensas de la realidad, de las noticias sobre la realidad y lo que piensas de ti dando noticias sobre la realidad. Son

tres aspectos fundamentales. Me interesó eso y no dejé de escucharte. Te escuchaba en la cocina, donde tengo una radio pequeña.

– *El libro empieza con algunas de esas fotos con las que yo acababa...*

– Es que empecé yo así...

– *Por eso has empezado el libro así...*

– He empezado el libro así pero al empezar el libro no se sabe por qué empiezas así, o sí se sabe. A mí me costó mucho empezar a escribir. Llevaba año y medio tomando apuntes y dije: voy a escribir un libro sobre esta tribu tan rara. No esperaba encontrarme nada de esto en la vida. Fue una sorpresa tremenda. Salir de lo acostumbrado. Te quedas sorprendido y dices: merece la pena escuchar esto. Y poco a poco entro en un estado emotivo de admiración.

– *Antes de que me expliques lo de la admiración, ¿por qué no vamos a ver el otro huerto?*

– Pues vamos a ver...

Esa sorpresa que tiene una persona, ese hecho asombroso que encuentra algo o alguien, o un libro, cuando ve que podría valer para él, admira. La admiración es ese movimiento en el que tú te confabulas con aquello que más estimas, porque no te lo esperabas. Lo inesperado. Hay mil escritos. La admiración es ese estado en el que uno está de acuerdo con aquello porque él quiere ser aquello.

– *Lo sorprendente del libro es que tú, sociólogo, etnólogo, que has hecho grandes estudios...*

– Sí.

– *Acuérdate de El Ejido, los inmigrantes... Aquí cambias de método. El dogma de la sociología es que tú no tienes comunión con el objeto que estudias. Y tú en un*

*momento determinado, no sé si es por la admiración, rompes la neutralidad del observador.*

– Exactamente. La sociología, desde Durkheim y Weber, siempre ha dicho que del hombre hay que hacer como las ciencias, objetivar el máximo y cuantificar. Por eso se ha desarrollado la estadística, simplemente por eso. Es creerse... es la creencia, que compartían tanto Durkheim como Weber, de que explicar al hombre era lo mismo que explicar un mineral, de que los hechos humanos son hechos del mundo, hechos sociales. Yo decidí explicar absolutamente lo que pasaba ante una mirada atónita. Todos los demás no quieren ver lo que pasa. Dije: «Esto lo tenía a mano, ¿por qué no lo miraba? Esto hay que explicarlo». Cualquier sociólogo tiene que explicar por qué él ha mirado de repente cuando todos los días lo tenía por mirar. Solo lo puedes mirar cuando lo admiras, cuando crees que allí hay algo bueno para ti. El hombre siempre tiene un interés cuando mira, el sociólogo también. El sociólogo mira para ver lo que quiere ver. Lo que decidí –este es el libro de *El abrazo*– es establecer los nexos causales y temporales de mi asombro. Empecé por ti porque fue la explosión, como el caballo de Saulo. La caída del caballo, o la capa de san Martín que le da a un pobre... Hay una caída del caballo, y es escuchar una cosa. Es un encuentro contigo, sin una persona interpuesta, con tu voz –puede ser un libro, puede ser cualquier cosa–. Dije: «Me gusta, me gustaría tener esta opinión ante los acontecimientos, ¿por qué no la tengo?».

– *Y empiezas a comparar.*

– Empiezo a decir: «¿Por qué no tengo yo esta opinión?». Entonces voy recomponiendo mi yo y estableciendo cuáles son los límites de mi yo, desde donde voy



a mirarte y escucharte. Es lo que no hace un sociólogo nunca. Un sociólogo es blanco hoy y a la tarde negro, y mañana amarillo y a la tarde rojo. Puede cambiar. Acuérdate de nuestro presidente...

– *Ahí hay otra cosa que me llama mucho la atención en el libro porque rompes con cierta inercia, y es que está lleno de nombres, empiezo yo, luego viene Javier Prades, luego Macario. Son historias particulares de las que tú induces un conocimiento.*

– Son encuentros, son encuentros...

– *La Ilustración dice lo contrario: para alcanzar un conocimiento hay que ir a lo universal, y tú aquí vas al particular.*

– ¿Para qué tiene que ir a lo universal? Lo universal es una ficción. No existe lo universal en ningún sitio. No existe. Tú puedes establecer hipótesis derivadas de experiencias que has tenido. Pero son imágenes. Yo voy encontrando los nexos causales y temporales de mi asombro. Mi siguiente asombro fue Prades. Prades fue un hombre al que yo escribí después de ocho años en que él me mandaba todas las navidades una postal porque nos habíamos conocido en 2002 en Madrid en una mesa redonda sobre inmigración y multiculturalismo. Me escribía y yo nunca respondía, nunca. Después de mi enfermedad, [me propuse] hacer el bien que me queda por hacer, y lo primero que hice fue escribirle y pedirle perdón: «Yo no te he escrito hasta ocho años después de haber recibido tu postal, te pido perdón». Y él me contesta: «Voy a pasar por San Sebastián y nos vemos». Podía haber sido algo banal, y sin embargo discutimos sobre la Ilustración. Teníamos un punto de vista convergente pero desde distintos ángulos, él desde el conocimiento y yo desde la ética. Yo he sido pro-

fesor de ética en la universidad durante mucho tiempo, hasta que me pasé a la antropología. Con Prades encuentras a alguien que te escucha, que te pregunta, que te sorprendes porque él está sorprendido, sorprendido de que tú hayas necesitado hablar con él. Él está sorprendido pero tú lo ves, y eso te sorprende más. Esa mirada va entrando en ti, va calmándote. Me invitó a ir a Madrid a un encuentro; le decía a mi mujer, Irene: «No voy a ir». Y ella decía: «Pero le has dicho que sí». Era verdad, le había dicho que sí. Quería reconciliarme con ese hombre que me miraba así y que me entendía, que me escuchaba. Y fui a EncuentroMadrid. Pero para ir he vencido: ¿con cristianos yo qué tenía que ver?

– *Llegas allí y dices que aquello parece la Fiesta de la Humanidad que habías visto en París.*

– Sí, me recordó la *Fête de l'Humana*, la Fiesta de la Humanidad. He vivido en París nueve años, antes había trabajado un año en una fábrica. En la Fiesta de la Humanidad estuve yo en 1970 porque me definí como marxista. Nunca he sido del partido comunista, pero estaba próximo. Porque en 1970 fue el proceso de Burgos y el partido comunista español y el francés se volcaron por toda Europa. Yo colaboré en un mitin en Suiza y otro en Bélgica con los comunistas. Vi lo que era el comunismo y nunca simpatiqué con el partido. En EncuentroMadrid me encuentro con la humanidad misma, no con la fiesta de la humanidad sino con gente humana, me encuentro con gente que sonríe, que va y viene en silencio, que se saludan, se abrazan, que te escuchan, te preguntan, niños que corretean, sonrisa, alegría. Me quedo estupefacto. Yo me imaginaba otra cosa.

– *Yo te empecé a oír en el EncuentroMadrid hacer una crítica de la Ilustración y me quedé boquiabierto. Este*

*hombre, que tiene toda la filosofía moderna y contemporánea encima, ha hecho una crítica sobre la Ilustración que en España poca gente hace.*

– Era lo que había hablado con Prades. Él me dijo: «Esto que tú piensas, desarróllalo allí».



– Esta es la playa de Ondarreta, que es una prolongación de La Concha. Forma una única playa dividida por esa roca que se llama el Pico del Loro, allí está el palacio donde nació y vivió el rey Juan Carlos. Este es el núcleo inicial de San Sebastián. En el siglo XI solo existía eso, y ahí había un convento.

– *¿Este es tu barrio, Ondarreta?*

– Este es mi barrio. Yo nací un poco más arriba, en la Cuesta de Igueldo. Mi padre tenía la carbonería aquí, junto a la cárcel de Ondarreta.

– *Tú entras en el seminario, y a los 22 años ¿te echan o te vas?*

– Me echan, tenía 21 años. Nos echaron a seis, cinco y un sexto que se fue voluntario con nosotros. Nos echaron sin decirnos nada, yo fui a preguntar por qué me echaban. ¿Sabes por qué?

– *¿Por qué?*

– Me dijeron: «Tú has dicho que todos los curas deben saber vascuence». Respondí: «Sí, y si no lo he dicho, lo pienso». Esa fue la razón.

– *¿Pero para ti el cristianismo qué era en ese momento, era una cosa nocional, doctrinal, piadosa?*

– Algo mítico-doctrinal, lo sacramental ya casi era mítico y todo era un proceso de reglas y confesión, nada más. Mi preocupación era la justicia, qué es la justicia

y por qué no hay justicia. Eran tiempos de Franco, el año 1962 o 63.

– *Tú entras en ETA en el 65, el año en que yo nazco.*

– Sí, pero antes había trabajado dos años en una fábrica. Me expulsan del seminario y yo quiero hacer lo que vosotros llamáis “verificar la hipótesis”. Lo hice. Mi hipótesis era que se necesitaba una justicia social y era imposible con un régimen como el que teníamos. Quería ver en otros regímenes qué era eso del mundo trabajador. Me fui a Alemania y luego a París, y trabajé en la Hutchinson. En París me pasó algo alucinante, encontré a una persona –encontré tres, pero una alucinante– y era de ETA. Se habían refugiado en Francia después de un trabajo pero pensaban volver. Me hicieron leer Ho Chi Minh, Truong Chinh, Che Guevara. Me cautivó ese muchacho. Fue un encuentro sorprendente. Yo iba a estudiar en París, hablé con el decano, me dijo que no había problema, ya me iba inscribir, pero cuando me voy a inscribir, estos me dicen que me vaya a estudiar a España. Yo ya estaba simpatizando con sus ideas.

– *¿Entonces es la famosa votación? ¿Julen Madariaga era tu jefe?*

– Entonces vengo aquí y el jefe de ETA, Paxti Iturrioz, me manda a trabajar en Pasajes ese verano porque interesa hacer una célula de Comisiones Obreras. Trabajo todo el verano de descargador y hago una cierta amistad con Paxti Iturrioz. Y en el otoño de 1966, viene uno del exterior, Julen Madariaga, nos reúne a los de San Sebastián y dice hay que matar esa noche a Paxti Iturrioz. Una votación y él se da dos votos. Pone la pistola encima de la mesa y dice: «Hay que matarlo esta noche». Todos con el nudo en la garganta, votamos. Él se dio dos votos y salió que no por un voto.

– *Y eso te marca.*

– Me marca un montón. Yo entro en una organización y lo primero que se me pide es votar para matar a una persona; y veo lo que hay a mi alrededor, gente pusilánime, no como yo. Es tremendo cuando tú votas si hay que liquidar a una persona. ¿Quién eres tú? A poco que hagas las cuentas contigo mismo, las cuentas no salen. No me fui de ETA, me quedé colapsado, pero no fui a la asamblea, era la quinta asamblea, la primera parte, pero mi amigo que era el jefe me llevó: «Tienes que venir, tienes que venir». Fui a la segunda parte de la sexta asamblea y salí con un pequeño cargo, suficiente para dejar mis estudios, porque ya me había matriculado en Económicas. Entonces entro en ETA. El día del *Corpus Christi* de 1967 había que hacer un atraco en una sastrería. En pleno atraco, rompen la luna, sale la Guardia Civil y me dispara. Me podía haber matado. Me dispara a ráfaga a dos metros. Huyo al monte y estoy allí tres semanas. En el año 69 logramos hacer unos grupos de revisión de ETA y propugnamos que ETA dejara las armas y dejara de matar, porque en el año 68 pasa una cosa muy dura; el compañero que ha asumido mi puesto, porque yo he huido, y el que yo había metido en ETA, ellos dos matan al primer guardia civil, José Pardines. Año 1968, y yo estoy en París, veo eso y me compenetro con los muertos. Extebarrieta acaba muerto porque saca la pistola y disparan a la Guardia Civil pero los desarman. Y dices: «Eso me tocaba hacer a mí». En realidad me veo yo siendo asesino.

– *¿Qué supuso para ti ese periodo? Porque pasados los años, aquí, en el casco viejo de San Sebastián, ETA mata a Gregorio Ordóñez en un restaurante.*

– En el 95, han pasado treinta años. Para explicarte, por la pregunta sobre Ordóñez, yo siempre he librado una lucha contra ETA a nivel personal, con mis alumnos, pero nunca políticamente, públicamente. Entonces hago público, cuando ya matan al que va a ser alcalde San Sebastián, el más votado del Partido Popular, Gregorio Ordóñez; entonces en la universidad hacemos la primera y única asamblea, no se ha hecho nunca más una asamblea en la Universidad del País Vasco aparte de aquella que hicimos al día siguiente del asesinato de Ordóñez. Lo cuenta Savater, porque su mujer estaba allí con nosotros. Éramos cinco profesores y a los cinco se nos amenazó de muerte a las semanas, mandándonos a nuestros casilleros unas tripas de animal muerto.



– El *Peine de los Vientos* de Eduardo Chillida. Vivía ahí arriba. Tiene una frase tremenda. El oeste, el este, el viento entra siempre desde allí. El viento al que nosotros llamamos el «gallego». Dice Chillida que el viento siempre tiene que entrar peinado en San Sebastián. Mira, aquello es San Sebastián. Las partes solo tienen sentido en el todo. Un peine, una escoba, un cepillo son un montón de púas que solo tienen sentido juntas, como lo humano.



– *Cascando huevos...*

– Os voy a hacer una tortilla de bacalao. Tengo preparado el bacalao con cebolla.

– *¿El bacalao lo has desalado?*

– El bacalao se desala y luego se hace con cebolla y un poquito de pimienta le echo yo. Otros le echan otra cosa, y ahora verás, comeréis una tortilla como Dios manda.

– *Volvemos al libro. Tú que te has dedicado mucho tiempo a la educación, visitas varios colegios de Comunión y Liberación y te llama la atención la forma que tienen de educar. ¿Qué te llamó la atención?*

– La educación... Nosotros éramos enseñantes. La primera sorpresa es que ellos nunca se han considerado enseñantes, ni usan la palabra «enseñante». Para ellos es educar. Hay una diferencia entre educar y enseñar. Te puede enseñar un robot. Educar es amar al alumno, y yo he visto cómo lo hacían. La pasión que ponían, el amor que ponían, la entrega con la que efectuaban todo lo que hacían. Cuando vi en un pequeño pasillo, en el Kolbe o en el Newman, creo que fue en el Newman: «Tú eres un regalo». Al niño que está aprendiendo a hablar, antes que a escribir le enseñan que es un regalo. ¿Tú sabes lo que es eso? Le enseñan al niño que él es un don: tú eres un regalo, otros son un regalo como tú, hay alguien que nos regala. Esto para ellos es esencial. El niño... con todo esto pueden explicar lo que es la realidad... la primera introducción a la realidad, el primer paso en el mundo... sabe que él es un beneficiado de un regalo. Esto me dejó de piedra.

Yo uso poca sal.

– *Yo también, la tensión sube luego.*

– Sube la tensión y baja la atención, *atención* como decimos los vascos.

– *También me llama la atención el tema de la caridad. Cuando llegas con la gente de Bocatas, que atiende a drogodependientes en la Cañada Real, donde están to-*

*dos los yonquis... Yo he estado allí haciendo un reportaje y es alucinante porque son espectros. Y tú te asustas...*

– Estuve dos horas y le dije a Macario –él nunca había ido, fue porque se lo pedí yo– y le dije: «Vámonos de aquí, esto es un absurdo, ¿qué hacen aquí, a quién salvar?». El concepto de caridad que tengo es el de Max Weber, lo pongo en el libro. Lo he tomado de *Economía y sociedad* –porque me lo conozco– y cito el párrafo en el que dice que «la caridad es la dispensación de limosnas que se hace con orden a la gente». Yo creía eso, que la caridad era dispensar limosnas a los necesitados. Y les pregunté: «¿Qué hacéis ahí repartiendo unas lentes a esta gente?». Venía uno que no se podía poner de pie, con un bastón, tanteaba el tenderete, ya sabía dónde estaba la leche, la metía en su zurrón, agarraba unas galletas y se iba, sin levantar la cabeza. «Venimos a vaciarnos de nosotros mismos». Lo tienes que pensar mucho. Tienes que hablar mucho con ellos para entender qué es vaciarse. Vaciarse es estar dispuesto a que te digan cualquier cosa, a que tú no les digas nada. Tú estás para recibir algo. Si tú no te vacías, no vas a recibir nada. Te tienes que vaciar de tus prejuicios. Estábamos cargados de prejuicios tú y yo, ¿qué carajo hacemos aquí?

– *Yo lo pensé también.*

– Eso son los prejuicios, que no tenemos que dar nada, tú vacíate. Estate, aguarda, son necesitados. Jesús hacía eso. Vaciarse es estar dispuesto a ser amado, a que te digan algo, una palabra. Luego tienen éxito en la Cañada porque tienen gente que se ha recuperado.

– *Pero muchas veces no hay resultado.*

– No hay nada de resultado; han salvado a dos docenas de personas en 24 años. Pero ellos sí se han salvado. Se han dado.



– *¿Echamos la tortilla al fuego?*

– Voy a hacer unas vainas, aquí tengo el conejo, pero esta tapa es para aquí también.

– *Te vas con un grupo de familias, con Ferrán. Te había llamado la atención la educación, la caridad, y de pronto te llama la atención la unidad que hay en esas familias.*

– Veo que estás siguiendo los capítulos del libro. Cuando estábamos en el huerto quería decirte y no te he dicho que mi problema al escribir este libro era que yo tenía que mostrar que lo que se veía me causaba sorpresa y hasta mucha emoción. Pero además quería mostrar por qué yo no lo he visto. Yo tenía que unir los diferentes momentos de la emoción, del asombro, que he llamado admiración. Esa admiración, qué puntos temporales... porque yo he pasado dos años...

– *Claro, es una investigación larga...*

– Pero causales también... Me preguntas por cosas que me han sorprendido. Lo digo para que se entienda tu pregunta, imagínate que hay personas que no han leído el libro y dicen: «¿Por qué pregunta esto?». Hay mucha gente que se arrima allí. Yo fui uno de los arriados ese día. Lo primero que hacen en la Masía es preguntarte: cuéntame tu vida. Cuéntame algo. Pensé que era una terapia de grupo. No es terapia de grupo. Para ellos el relato –esto lo entendí muy pronto, hablando con ellos– no es una terapia, es una terapia de Dios. ¡Qué terapia! Para explicar una vida, lo primero es que uno tiene una identidad...

Pulgarcito no cuenta su historia, pero cuando te dicen que la cuentes tú, uno cuenta su vida. El problema es de identidad, si tú eres capaz de contar un relato tuyo unificado desde la infancia hasta ahora. El gran pro-

blema de la identidad, la sociología también lo ha puesto sobre el tapete desde Sartre, es que a la persona hoy le cuesta...

– *Mantener una continuidad en la identidad...*

– Porque él cree que es dueño de sí mismo, que tiene sus preferencias y que es su caudillo, y hace en cada momento lo que le interesa, o lo que interesa a sus deseos. De manera que va cambiando y en cada momento es una cosa y en otro momento es otra. Todo el mundo lo sabe perfectamente. Es una especie de ligamen de todos nuestros comportamientos en un único yo, es decir, todos los diferentes comportamientos se me atribuyen a mí: este «yo» soy yo y soy dueño primero de mí, y respondo de mí y de lo que yo he hecho. Y, segundo, puedo hacer una transición desde la infancia a la juventud, de la juventud hasta aquí, y este de ahora soy yo, que soy el mismo. Soy uno mismo, no soy el mismo porque he cambiado.

– *Pero hay una continuidad del yo.*

– La continuidad de ser dueño de las transiciones comportamentales. Porque ese es el yo al final, los comportamientos.

– *No la abstracción.*

– Esto lo vi perfectamente allí. Vi por qué lo hacen, y te das cuenta de por qué lo hacen. Lo hacen porque Dios... Es curioso, y esto lo he visto incluso en un matrimonio, porque yo le pregunté: «Entre tú y tu mujer, ¿qué hay?». Y me dice: «Está Dios». Fui pidiendo explicaciones por aquí y por allá, y ves que Dios es siempre el elemento que puede unir dos vidas.

– *¿Por qué te acuerdas en un determinado momento, cuando estás en esa pelea, de Wittgenstein? Tú has estudiado mucho a Wittgenstein, en el libro citas un pasaje*

de sus Diarios en el que Wittgenstein dice: «Si viniera un Dios y descendiese...». ¿Por qué te acuerdas de Wittgenstein cuando estás en plena lucha?

– Para mí Wittgenstein ha sido una de las cuatro o cinco personas más importantes del siglo XX. Un maestro, tenía todo, dejó el dinero y la fama, se fue a un pueblecito de Suiza a enseñar cuando era un portento. Escribió el *Tractatus*, las reflexiones filosóficas... Leí tres veces, si no más, *La belleza desarmada* de Julián Carrón y me encontré con ese párrafo de los *Diarios*, cuando dice: ¿qué más quisiéramos que redención? ¿Pero dónde está? Entonces [Wittgenstein] dice: «Estamos aquí, en nuestra pequeña mesa, nos entra luz del tragaluz y ese rayo que entra tú lo miras, y yo también desearía ese deseo de absoluto que tengo, de subir, pero me quedo aquí fijo, en las cosas terrenas. Y ahí me quedo, a menos que venga Dios y me ilumine». Entonces entendí perfectamente a qué no se atrevió Wittgenstein. Volví a los *Diarios* –los tengo en casa– y vi que en el agnóstico siempre hay un miedo a descubrir la verdad. Prefiere decir: «Yo no sé, puede que sea, pero... que me venga la luz». Yo no puedo hacer un juicio sobre Wittgenstein, sobre su final, sobre dónde está hoy. Yo lo admiro. Creo que no se dio cuenta de que era un agnóstico recalcitrante. Habría podido decir: «¿Y si subo hacia la luz? ¿Por qué no voy a subir a asomarme?». Creo que es lo que yo he querido hacer, subir al tragaluz y mirar... y os vi a vosotros.

– *Te diste cuenta de que no te podías quedar parado.*

– Si hubiera hecho lo mismo que Wittgenstein, habría sido un repetidor. Yo siempre trato de ir más allá.

– *La tortilla de bacalao, estupenda.*

– Pues la siguiente va a ser mejor.

– *Hay un momento de El abrazo que me parece el más fascinante de todos. Tú estás delante de esa tribu que estás estudiando y hay un momento en que consideras plausible, posible, la hipótesis de que lo que estás viendo sea consecuencia no solo de Dios sino de un Dios encarnado. En vez de dar por cerrada la cuestión admitiendo que esta gente se comporta así porque son parte de una neurosis colectiva o porque han sublimado sus deseos, hay un momento en el libro en que tú aceptas la plausibilidad de la hipótesis. ¿Cómo llega ese momento?*

– Seguramente te refieres a un pasaje de los últimos, en los que hago una especie de cálculo. Esta vida tan bella, que a mí me hubiera gustado vivir, el estilo de vida de estas gentes, su entrega, su alegría, este estilo de vida ¿cómo es posible? Tú puedes tener un destello. Hay gentes espectaculares, preciosas, que tienen destellos, pero luego tienen saltos hacia atrás. En cambio, tú ves estas vidas, yo he seguido durante dos años a personas (los he hecho personajes en mi libro, pero son personas), familias, y sé que esto es imposible salvo que sea un milagro. Un milagro, una familia; un milagro, esta persona. Todo el rato milagros. Esto es misterioso, es muy misterioso. El estilo de vida me lleva a plantearme por qué este estilo de vida. Yo podría tener un destello durante un año o dos, ¿pero toda mi vida? Pero no mi vida, y la siguiente vida, y la siguiente, es que hace dos mil años que hay estas vidas. Yo ahora pienso que, como vosotros habéis vivido, han vivido los cristianos durante dos mil años, hermooseando la humanidad, floreciendo la caridad, el amor. Los sociólogos no hablan de ello porque no les interesa. No hablan de Comunión y Liberación, o de otras personas cristianas que yo no conozco y que existen, sé que existen, porque

me he encontrado luego con otras cofradías, fraternidades... Te preguntas entonces... Tú podrías explicar una vida durante bastante tiempo –no durante toda la vida–, pero explicarte familias, vidas, generaciones haciendo el bien, siendo el bien... Entonces solo hay una explicación: que sea verdad lo que te digan, que realmente sea operativa. La verdad siempre es operativa. La verdad produce vida. Ese estilo de vida está producido por algo. Ellos dicen que es Jesucristo. Si yo necesito esa vida, admiro esa vida, es mi objeto de admiración, entonces tengo que admirar el motor que da vida. Y no hay más. Entonces entiendes que ese motor fue humano. Dios humano. Solo así puedes entender. Yo he sido profesor de Historia comparada de las religiones. Quiero terminar con esto: los dioses que estudiamos son abstracciones. Nunca hay una persona que haya dicho lo que ha dicho Jesús: «Perdonaos los unos a los otros, amaos, visitad al enfermo, dad de comer al hambriento, el otro es más importante que tú, la vida no es para guardarla, es para darla, y si tratáis de guardarla la perderéis». No hay en toda la humanidad –no he encontrado yo, fijate si conozco religiones, cientos de volúmenes que he leído– nadie que haya dicho esto. Y no es que lo haya dicho, es que esta es la gente que lo está siguiendo, y entonces trazas la línea y dices: «Yo tengo que creer esto, este es el Jesús vivo en el que yo creo». En Dios no hubiera creído.

– *¿Por qué?*

– Porque Dios es una idea. La filosofía primero, la religión y la teología han caído en esa trampa de reducir a Dios a una idea. Esta es la diferencia. No hablamos de Dios. Hablamos de un hombre que resulta que era Dios, enseñándonos hacia dónde tenemos que ir.

– *Recuerdo el día que nos dijiste: «¿Y si fuera cierto que Jesús ha resucitado?». Te estabas peleando con la veracidad de ese testimonio.*

– Hay un momento en que tienes que decir: «¿Cómo se van a equivocar todos al mismo tiempo?». Y también los enemigos sabían... Además no lo conocían. Juan y Andrés iban para allá y no lo conocían... «Pero si es el maestro». Están dos años o tres con el maestro. Estaría tan transformado. Pues eso es la resurrección. Sabemos que hay resurrección. Resucitó y nos dijo que íbamos a resucitar.

– *Mikel, gracias por haber escrito El abrazo. Gracias por este rato de conversación, por todo lo que has supuesto en los últimos años.*

– Las gracias os las tengo que dar a vosotros. Yo te doy gracias a ti porque habías tenido el micrófono durante cuatro, cinco, seis años. Y fue fulminante. Te tengo que agradecer a ti, Fernando, aquellas emisiones de sábado y domingo. Nunca te agradeceré lo suficiente. Nos han traído aquí.

– *Nunca yo agradeceré suficiente lo que ha significado encontrarte y aprender.*

*¡Gracias, Mikel!*



## Conclusión

### Julián Carrón

Al igual que Azurmendi, cada uno de nosotros es invitado ante todo a *mirar* lo que sucede ante sus ojos, lo que está sucediendo ahora. ¿Por qué percibo que se trata de algo tan decisivo en primer lugar para nosotros, por la estima que debemos tener por cada uno de nosotros? Porque si no miramos lo que sucede, el acontecimiento de Cristo que sucede, si no lo secundamos, no podremos caminar ni ofrecer una contribución a los demás. La vida se juega frente al acontecimiento que *sucede ahora*. Todo lo demás no tiene poder para cambiarla. No podemos sustituir el evento por una explicación, por una interpretación, por una doctrina. ¡Eso solo serviría para acrecentar la nada! En el fondo, detrás de muchas discusiones solo está la nada. Y se ve por el hecho de que no nos cambian, y al final nos terminan hartando. Pero ninguna discusión puede borrar lo que hemos visto suceder en muchas personas durante este verano.

Es delante de estos hechos como podemos verificar nuestra disponibilidad para mirar, para dejarnos tocar, como hemos visto en Azurmendi, como hicieron todos los que vieron la curación del ciego, porque nada desafía más nuestro nihilismo, nuestra nada, que un evento. Solo «una humanidad nueva, distinta, más verdadera, más cumplida, más deseable [...] puede abrir brecha en

nuestra conciencia de hombres, y de hombres contemporáneos». Es el único hecho «que puede ser percibido como una invitación que fascina y libera»<sup>6</sup>. Solo así, como un evento que sucede ahora en tu historia y la mía, Cristo se vuelve experimentable como esperanza en el presente, como algo que vence el presente y llena de esperanza el futuro.

Lo hemos reconocido este verano en muchos testimonios. ¿Qué es lo que vio en el grupo de peregrinos del movimiento que había llegado desde Italia esa mujer cristiana palestina –lo contaba en la Asamblea internacional de responsables– que consideraba haber nacido en Palestina como un castigo para ella y para sus hijos, que le llevó a tomar la decisión de permanecer en su tierra después de haber deseado huir durante tantos años? Tuvo un encuentro que cambió su juicio, su mirada sobre todo. ¿Qué experiencia ha tenido nuestra amiga del movimiento gravemente enferma, Xiao Ping, para convertirse en «el corazón palpitante de la comunidad» de Taipéi? Hasta llegar a decir: «Últimamente me he dado cuenta de que mi trabajo ahora no consiste tanto en aprender a afrontar el dolor o la muerte que viene, sino en utilizar el tiempo que me queda para contar a todos lo que he encontrado»<sup>7</sup>. Ella ha entendido qué es lo que más urge en el momento actual.

Como me escribe uno de vosotros. «Me impresiona leer en los laudes del miércoles: “No hemos recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor. Donde está el Espíritu del Señor, está la libertad”. En quien vive esta experiencia de liberación del miedo y de libertad se verá

<sup>6</sup> J. Carrón, *Un brillo en los ojos*, op. cit., p. 102.

<sup>7</sup> «Cartas», *Huellas*, n. 9/2020.



el “brillo en los ojos” que salva de la nada». Como en nuestras dos amigas de Belén y Taipéi.

Independientemente del rostro, de los rasgos de la persona, puede tratarse incluso del que acaba de llegar, «la autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón», decía don Giussani –¿recordáis la Jornada de apertura del año pasado?–, es decir, ve que Cristo es verdadero y vence. Y añadía: «Esto es lo que guía al pueblo»<sup>8</sup>, ¡y no el parloteo, las discusiones o el papel que uno pueda desempeñar!

Lo ha expresado en términos laicos el periodista Polito, a propósito de las recientes explosiones de violencia juvenil, que ponen al descubierto que la verdadera emergencia es una emergencia educativa. ¿Qué puede responder a esta situación? Solo «“maestros” capaces de tocar ese punto candente que hay en el corazón y la mente de cada persona en formación, y afortunados aquellos que alguna vez en la vida se hayan encontrado con uno»<sup>9</sup>.

¡Tocar el punto candente! Puede haber sido un soplo, dice Giussani. «Porque el Señor obra también con susurros sutiles. [...] Aunque sea por un soplo, aunque sea solo durante un momento, el hombre advierte un atractivo, una sugerencia, intuye algo que es más bello, que le corresponde más, que es mejor»<sup>10</sup>, se despierta en él una admiración, como decía Azurmendi. La lucha contra el nihilismo se pone en juego ahí, en ese momento, en

<sup>8</sup> De una conversación de Luigi Giussani con un grupo de *Memores Domini* (Milán, 29 de septiembre de 1991), en «¿Quién es este?», supl. de *Huellas-Litterae communionis*, n. 9/2019, p. 10.

<sup>9</sup> A. Polito, «La violencia nichilista trai i giovani», op. cit.

<sup>10</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 106-107.

nuestra disponibilidad para interceptar y secundar ese «soplo». Por tanto todo depende de nuestra moralidad, de nuestra disponibilidad, es decir, de nuestro amor a la verdad.

Como hemos podido ver, la primera condición del camino es mirar. «El Evangelio –señalaba Giussani en 1994– usa más de 500 veces el término “mirar” y solo 150 o 180 veces los verbos “creer”, “amar”, “seguir”»<sup>11</sup>.

Mirar. «¡¿Eso es todo?!». Entiendo que a alguno le pueda parecer demasiado poco teniendo en cuenta todos los desafíos que nos afectan. Pero no era demasiado poco para don Giussani, que siempre nos lo ha sugerido como la condición primera y decisiva de un camino verdaderamente humano. Los más viejos entre nosotros recordarán haberlo leído en el famoso Cartel de Pascua de 1992, en el que aparecía Marcelino. «La compañía te dice [...], sobre todo, te dice: “Mira”. Porque en toda compañía vocacional siempre hay personas, o momentos de ciertas personas, a los que mirar. En la compañía lo más importante es mirar a las personas»<sup>12</sup>.

En una conversación con Giovanni Testori que tuvo lugar en 1980, Giussani decía: «No logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de estas personas que sean una presencia. El multiplicarse de estas personas y una inevitable simpatía [...] entre estas personas»<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> L. Giussani, *El tiempo apremia*, Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes de las meditaciones. Rimini 1994. Suplemento de la revista *Huellas*, p. 22.

<sup>12</sup> «Cartel de Pascua 1992, Comunión y Liberación», en L. Giussani, *In cammino. 1992-1998*, BUR, Milán 2014, p. 366.

<sup>13</sup> L. Giussani – G. Testori, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2014, p. 77.

La segunda condición es reconocer, que es el florecimiento de lo que está ya implícito en ese mirar. Reconocer algo que está dentro de otra cosa, como hizo nuestro amigo Mikel después de tres años de convivencia con la gente del movimiento en España. Pero para reconocer se necesita una *lealtad* de fondo, si no queremos que valga también para nosotros la amarga constatación de Jesús en la parábola de los dos hijos que leeremos en el Evangelio de este domingo. ¿Quién ha cumplido la voluntad del Padre? ¿Quién ha reconocido los hechos a través de los que se manifestaba la voluntad del padre! «Y Jesús les dijo: “En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis”»<sup>14</sup>.

Para Jesús todo se juega en la disponibilidad para reconocer lo que sucede. Pero, ¿por qué se necesitan una disponibilidad y una lealtad? Porque «el Misterio, el Destino se comunica al hombre a través de una carne, de una realidad hecha de tiempo y espacio, asumiendo la materialidad de las cosas, identificándose con circunstancias concretas, que mantienen toda su fragilidad y la aparente futilidad de las circunstancias naturales, como lo fueron ante los ojos de los fariseos Cristo, su familia, lo que hizo y lo que dijo. Reconocer este modo de comunicarse del Misterio, obedecer a este método, se llama fe; pues la inteligencia del hombre reconoce, bajo determinadas apariencias, la gran presencia. Se trata de reconocer en las apariencias determinadas naturalmen-

<sup>14</sup> Mt 21,31-32.

te la gran presencia del origen [como nos ha testimoniado Mikel], de la consistencia última (“todo consiste en Él”), del Destino. [...] Si no llega a ser una circunstancia precisa y cercana, el gran misterio de la Iglesia queda vaciado y a merced de mi interpretación, sentimiento o capricho; a mi merced»<sup>15</sup>.

¿Cómo llama Cristo a la puerta de cada hombre, de mi humanidad y de la tuya?

«Qué abstracto sería también el Jesús de Andrés y de Juan si no se concretase ahora –¡ahora!–, en este momento, en una presencia, dentro del misterio de Su cuerpo –el misterio de la Iglesia–, que cada uno ayuda a construir “como piedra viva”, dice la liturgia. [...] Pero preguntémosnos también: ¿cómo se comunica este cuerpo misterioso de Cristo (“misterioso” porque su forma profunda escapa a nuestra imaginación), esta Iglesia viviente que es su cuerpo –como le dijo a san Pablo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”, y Saulo no le había visto nunca; él perseguía a los cristianos. La voz de Cristo le dice: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”–, por tanto, cómo se comunica esta realidad del misterio de Cristo o, según la expresión del Apocalipsis, cómo “llama a la puerta” de cada hombre llamado a la fe? [...] ¡En la vida de la Iglesia!». Continúa don Giussani: «Pero cuando uno encuentra un rostro distinto de los demás –un rostro en el que el misterio de Cristo y la pertenencia a su Iglesia cambian el modo de mirar, oír, tocar, el modo de relacionarse con las personas y las cosas– y se queda con la boca abierta mirándolo, como Juan y Andrés con Cristo, entonces se trata de *una ocasión particular, in-*

<sup>15</sup> L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el año litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 103-104.

*teresante*. El Espíritu de Dios es libre de alcanzar a una persona u otra, infundiéndole una mayor facilidad para pensar cristianamente, una mayor alegría para sentir cristianamente, una mayor generosidad para construir cristianamente, de modo que todos los que se acercan a esta persona se quedan impactados. ¡Eso es! La modalidad extrema con la que podemos quedar impactados por la permanencia de Cristo en la historia es aquella por la que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, nos hace encontrar a alguien siguiendo al cual la fe se aclara más fácilmente, se acrecienta la adhesión afectiva a la fe y la voluntad de difundir el reino de Cristo se hace más consciente y más fácilmente creativa. Todo esto se llama *carisma*: es el *acontecimiento del carisma*<sup>16</sup>.

Nosotros estamos aquí por esto, por el «acontecimiento del carisma». Estamos aquí por este acontecimiento «vivo», «hoy», como han puesto de manifiesto los testimonios de Azurmendi, de las amigas de Belén y de Taipéi, de muchos otros que no he citado y de todos los que podemos tener ante nuestros ojos. Si fuese «ayer», ya no sería acontecimiento y no tendría la capacidad de atraernos, de cambiarnos. Porque «¡sin este “ahora” no hay nada! Nuestro yo solo puede ser movido, conmovido, es decir, cambiado, por algo contemporáneo»<sup>17</sup>. Si este acontecimiento no se produjese hoy, si no estuviese vivo, solo nos quedaría la doctrina, una doctrina extraordinaria, pero una doctrina al fin y al cabo. Y ninguna doctrina es capaz de vencer el nihilismo que «devora» el alma.

<sup>16</sup> Cf. L. Giussani, *El tiempo apremia*, op. cit., pp. 33-34.

<sup>17</sup> L. Giussani, «Cartel de Pascua, 2011, Comunión y Liberación», *clonline.org*

«Querido Julián, en estos tiempos me he preguntado con frecuencia: el de Giussani, ¿es un carisma vivo o una doctrina muerta? Si fuese lo segundo nos encontraríamos en una situación parecida a la que se produjo después de la muerte de Hegel, en la que solo quedaba el debate entre los hegelianos “viejos” y los “jóvenes”, el juego de sus interpretaciones. Estoy en el movimiento desde hace cuarenta y siete años, y desde hace cuarenta en el Grupo adulto, y todavía me da un vuelco el corazón cuando recuerdo todas las veces que he sido salvada del abismo del terrorismo y de la fascinación oscura del nihilismo por la racionalidad conmovedora de don Giussani. Pero ese mismo vuelco del corazón lo experimento ahora cuando le das la vuelta a la tendencia hacia la nada que tiene mi deseo de la vida, “subiendo el listón”, con un amor a mi vida y a la vida de los pobres desesperados de este mundo, con un afecto que percibe el corazón olvidado y herido de los hombres y le invita a ser un “yo”. El cristianismo, ¿es una teoría o es el acontecimiento del amor de un padre que se produce también hoy, en esta cultura que lleva a chavales de dieciocho años a suicidarse sin un motivo aparente (como le ha pasado a un querido alumno mío)? Tengo una hermana de casi setenta años, que fue abandonada por su marido hace más de treinta, sin hijos, que ha luchado contra un tumor y que ahora tiene párkinson. Ha leído muchísimo, desde Marx a Husserl, desde Tolstói a Barthes, desde Simenon a Borgna. Hace algunos días se refirió a *Un brillo en los ojos* como un libro importante para su vida, y cuando le pregunté el motivo, me respondió: “Porque me ha permitido descubrir lo que siempre me he escondido a mí misma: mi nihilismo. Y ahora quiero caminar hacia delante”. Un signo de la presencia del carisma de don

Giussani hoy es precisamente esta inteligencia amorosa de la tragedia de nuestro siglo porque, en el instante mismo en que nos haces conscientes de la falta de sentido que nos domina, vuelves a encender en nosotros la conciencia de ser hijos».

Hemos abordado estas cosas en el capítulo 6 de *Un brillo en los ojos*, en especial en los tres primeros epígrafes. Cada uno podrá volver sobre estas páginas, que serán el objeto de nuestro trabajo para la Escuela de comunidad de noviembre.

«No es suficiente –decía ahí– que exista esta paternidad presente, es preciso que yo esté disponible para dejarme generar por ella. De la disponibilidad para ser hijos depende toda la fecundidad de nuestra vida. “Jesús le decía a Nicodemo: ‘Debes nacer de nuevo’”. [...] Quien acepta seguir a Jesús haciéndose hijo suyo se sorprenderá de la novedad que empieza a suceder en su vida»<sup>18</sup>.

Es lo que deseo para todos en este curso que empieza, dramático y bello.

Esperemos que el Padre nos encuentre disponibles para secundar lo que sucedió en don Giussani y sigue sucediendo gracias al método constantemente subrayado por él –nadie genera si no es generado–, porque era el Espíritu lo que actuaba en él y a través de él. Que cada uno de nosotros se sienta personalmente responsable de esa disponibilidad. ¡Seamos amigos con esta tensión de sostenernos en el «sí» que cada uno está llamado a decir a Cristo, llevando en el corazón el destino unos de otros!

<sup>18</sup> J. Carrón, *Un brillo en los ojos*, op. cit., pp. 137-138.

